

Elías Amézaga



Desde la izquierda: J. Manuel Alonso, Elías Amézaga, Josu Ortuondo, Joseba Inchaurreaga, Germán Yanke.

Intervención de Elías Amézaga en el homenaje que le rindió el Ayuntamiento de Bilbao

Amigos:

Esta tarde, bajando de mi casa para venir aquí, vi una paloma alzar su vuelo desde un alero y perderse en las alturas. Es así, pensé, como un día tomará alas nuestro espíritu inmortal perdiéndose más allá de los astros.

Y ya en tierra, lo más próximo que este otro deseo es la realidad de un homenaje. Que consagra. Que da espaldarazos. Que es el abrazo de paz con nuestra sociedad.

Séneca nos dice que el agradecimiento es causa de otros beneficios. ¿Beneficios? ¿Qué más? Lo otro sería encender un candil en la luz del día. Sí, mi promesa de seguir en la brecha como hasta hoy. Sí que me he entregado a los demás. Pero sin perderme de mí mismo.

Y en cuanto al agradecimiento, vaya el mío para el Ayuntamiento de Bilbao, Bilbao villa, entre aldea y ciudad, con las virtudes de aquélla y la practicidad y ambición de la metrópoli. Mi agradecimiento a Josu Ortuondo, capitán de esta nave, que con Bidebarrieta Kulturgunea abre un portón a la cultura, a su impulsor, señor Inchaurrea, a los que hicieron el trabajo, el investigador e historiador Joseba Agirreazkuenaga, a mi nieto Abraham, promotores de estos escaparates y del espectáculo, la de poner en pie una pieza mía por la Asociación Artística Vizcaina, a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y a su director Rafael Ossa Echaburu que nombrándome socio emérito de esta centenaria sociedad me promocionó, y gracias sean dadas a mis amigos Germán Yanke, fiel, de los pocos, según él me dice, y José Manuel Alonso, titán y luchador sin límite por dar una voz autorizada a los alaveses. Y por encima de todo a vosotros, público, meollo del pueblo. Y esto quiero deciros: Que mi obra como la de otros vascos se consagró a este pueblo, para que sea mejor, más feliz y más sustantivo. Y una cosa más: que mal o bien con mis imperfecciones llegué hasta aquí sin depender de nadie, por mí mismo. Y llegué hasta donde pude y no más.

Y ojalá se animen otras manos de pluma en ristre a seguir esta misión sin fin de servir a lo nuestro. Son pocos los operarios y la cosecha será espléndida.

Y termino con unos versos traducidos del malogrado Lauaxeta:

Caminé yo solo, sin odio, por los caminos del amor
Siempre en todas las sendas la inmortalidad
derrame en cada herida un suave beso.
¿Te hieren las espinas?
No apedrees las flores.

Feliz primavera que hoy despunta. Buenas noches.

(Bilbao, 20/3/97)

Intervención del Excmo. Sr. D. Josu Ortuondo, Alcalde de Bilbao

Jaun-andreok, arratsalde on denoi:

Nire ongi etorri eta nire zorionik beroena Elias Amezagari bere lanagatik.

Todos ustedes han recibido un folleto con la biografía de Elías Amézaga. Hemos escuchado también las intervenciones, los referentes, de su obra y figura que nos han ofrecido Germán Yanke y José Manuel Alonso. Y habrán podido comprobar que, además de producción extensa, posee títulos de interés para todos los gustos y, en especial, para los amantes de este pueblo, de este país.

Elías ha sido y, afortunadamente, sigue siendo un enamorado de los vascos y de los estudios vascos. Es preciso también destacar como mérito importante suyo que además de autor ha sido y es editor de su obra.

Nuestra industria cultural carece de sólidas infraestructuras y Elías, él solo, sigue siendo una estructura cultural de gran fortaleza. Por ello este homenaje es tanto al editor como al impulsor cultural de Bilbao que ha sido y es Elías Amézaga.

Se ha dicho y escrito en ocasiones que Bilbao es desagradecido con sus hijos. Desde la Alcaldía del Ayuntamiento, la Concejalía de Cultura y este Centro Cultural que dirigimos y representamos Joseba Inchaurreaga, Joseba Agirreazkuenaga y yo mismo, queremos cambiar esta inercia histórica. Por ello, en esta Biblioteca y Centro Cultural de Bidebarrieta que, progresivamente, se está convirtiendo también en incubadora de arte, de música, de investigaciones y de edición de libros y revistas... hemos querido aquí llevar a cabo este ciclo de autores bilbainos. Un ciclo para conocer y para reconocer a nuestros buenos escritores.

Es un honor para mí y para el Ayuntamiento de Bilbao, que represento, poder homenajear a uno de nuestros ilustres de la cultura. Estoy seguro, querido Elías, que seguirás difundiendo con tu obra, con tu entusiasmo, una mejor imagen de Bilbao, Euskadi y sus gentes.

Por ello y con todo nuestro reconocimiento, te voy a hacer entrega de nuestro símbolo, el Don Diego, que adquiere precisamente un valor especial a las puertas del 2000, ese umbral de próximo siglo del tercer milenio que, además, es un año mágico para Bilbao en el que cumplimos 700 años de nuestra fundación.

Con todo nuestro reconocimiento y con todo nuestro cariño.

Excmo. Sr. D. Josu Ortuondo
Alcalde de Bilbaolbao

Intervención de Germán Yanke

Recuerdo un millón de cosas de Elías Amézaga pero no logro recordar cuando o cómo le conocí. Es como si hubiera estado siempre presente en mi vida y como si toda su vida, y algunos secretos, formaran parte de mi acervo de bilbaino interesado por la literatura y sus creadores. Es como si aquel 9 de agosto de 1921 -cuando empezaban «los felices veinte», es decir, cuando los grandes cambios parecían posibles y alegres -fuera yo uno de los vecinos de la casa de sus padres, uno de los vecinos un tanto fascinados por aquella familia descendiente de generales gloriosos y músicos delicados que, por fin, tenía el hijo que deseaban.

¿Qué podría ser aquel Elías María Amézaga Urlézagaga? ¿General? ¿Músico? Terminó siendo un artista batallador y yo me imagino, familiarizado durante toda mi vida con que estaba ahí, cerca, aunque no le viera cuanto ambos deseábamos, diciendo a los amigos que yo ya lo sabía, que el mozalbete mimado que se mostraba como un alumno peleón e inconformista, iba a darnos muchas sorpresas. Porque estoy seguro, ya digo que como si siempre estuviera presente que Elías Amézaga era un muchacho de mirada insaciable, disconforme con casi todo, que sólo encontraba un poco de paz en los libros y en los ojos de las mujeres.

Hace ya bastantes años, una noche, paseando por el Casco Viejo de Bilbao en busca de un restaurante en el que alargar la conversación, Elías se detuvo, me miró fijamente y me preguntó:

- ¿A tí te gustan las mujeres?

- Naturalmente, respondí un poco ofendido.

- Pero ¿cuántas te gustan? ¿qué porcentaje de mujeres te gustan?

Yo estaba allí, delante del dramaturgo consagrado, del bibliófilo detallista, del hombre en el que admiraba cómo la pasión que se le desbordaba en cada página no perdía, paradójicamente, la medida. ¿Sería muy exigente? Porque yo hice rápidos cálculos mentales y deduje que me gustaban el noventa por ciento de las mujeres y temía que aquello le pareciera una exageración.

- El ochenta por ciento, respondí temeroso, a mi me gusta el ochenta por ciento de las mujeres.

- Eso es que no te fijas, replicó Elías. Si te fijaras te gustarían todas.

Estoy convencido de que las mujeres, o la mujer al estilo de aquella máxima de Oscar Wilde («en parte un ideal y en parte una influencia») han llenado siempre esos ojos brillantes e inquietos, y ese corazón extenso y luminoso, del escritor al que hoy rendimos homenaje. Su impulso creador y esa mez-

cla de corazón sentiente y conciencia vigilante, casan bien con los dos títulos de sus primeras obras. Una, *Secretos de confesión*, escrita con apenas catorce años, editada artesanalmente por él mismo componiendo las letras una a una y convirtiéndola en ese artefacto mágico que es un libro. Otras. *El drama de un autor desconocido*. Le recuerdo ahora riéndose a carcajadas en su torre de Getxo porque yo había errado el título y le mostraba mi asombro porque su primer folletón, publicado en *La Voz de Asturias* como folletón en el 44, se titulase *El drama de un amor desconocido*.

No hay amores desconocidos en la vida y en la obra de Elías Amézaga. Ni dolores desconocidos. Entre lo más admirable de su existencia ha estado siempre la reflexión melancólica sobre todo lo que anidaba en su corazón, ya fueran penas o alegrías.

Así, han ido dejando poso en su obra las penurias de la guerra, en la que su familia perdió los bienes que le habían proporcionado una adolescencia acomodada convirtiéndole en un recaudista cansado. Y los denodados esfuerzos por sacar tiempo de donde no lo había para compatibilizar estudios en la Escuela de Comercio y en la Universidad de Deusto. Y el empeño por labrarse un futuro en los negocios. Y la emoción del enamoramiento de María del Carmen Asensio y todos los gozos e ilusiones del día de la boda, ayer hizo 51 años. Y los éxitos como dramaturgo. Y los fracasos como empresario teatral. Todo tiene interés para ir conformando la imagen perfilada del escritor y del hombre y todo queda grabado, amasado y revisado en el hondón de la memoria, en su obra.

Veamos, por ejemplo, sus actividades empresariales. Elías Amézaga quiebra la visión absurda del escritor demiúrgico, conectado con espíritus celestes o infernales pero alejado de afanes comunes de los seres humanos. Es como nosotros. Si uno revisa la historia de la literatura se comprueba que es algo más común de lo que se piensa. Novalis dirigía una mina, Wallace Stevens era vicepresidente ejecutivo de una importante compañía de seguros norteamericana. Más cerca de nosotros, Jaime Gil de Biedma era el secretario del consejo de una empresa tabacalera. Y todos ellos, que vivían su vida, como Elías, hasta sus últimas consecuencias aportaban a su obra esa normalidad necesaria para que el lector, aún no habiendo vivido las historias que se le cuentan, se sienta reconocido en lo que se le dice. Porque es algo, además de bien escrito, verosímil. Porque los lectores -muchos de los que nos encontramos aquí, casi todos espero, somos lectores de Elías - sentimos la necesidad de exclamar el primero y más grande de los elogios: «Así escribiría yo si fuese escritor». Es decir, sentimos la emoción de lo que nos resulta propio, de lo que logra formalizar la realidad para encontrar mayor sentido a nuestra existencia, y reconocemos, al mismo tiempo, la grandeza de un estilo que escapa a nuestras facultades. Tenemos todas las palabras, como decía Joyce, pero sólo algunos encuentran la manera de unir las.

No es logro menor, desde luego, que en la tarea literaria de Elías los personajes adquieran vida o tengan la que la maestría del autor saben poner en sus almas. Se ha ocupado de grandes genios de la historia como Lope de Aguirre, Van Gogh, Sand o Savonarola y de otros más próximos a nuestras cuantas cotidianas y todos, con aquello que pertenece a sus propias vidas y con aquello que Elías ha puesto de su cosecha, adquieren el carácter de prototipos de las pocas cosas que nos unen porque son también nuestros ideales: el amor, la honestidad, el trabajo, la inaplacable llamada a cambiar el mundo, la aventura, los lazos de las pequeñeces familiares. No hay obra de arte sin conexión con la vida y los personajes de Elías Amézaga, buscandos en la historia o en los pliegues de su corazón, son reales.

Por ello estamos ante uno de los grandes dramaturgos de nuestro tiempo. Hay todo un período de su vida, intenso y mucho menos conocido de lo que sería justo, en el que despunta el Amézaga dramaturgo. Ahí está, para disfrute de los lectores y para estudio de los académicos, *Redentor del mundo*, una de las obras estrenada por la compañía Lope de Vega, que llevó su nombre, y la sabiduría de su pluma, por un sinfín de países. Y ahí está también, como el contrapunto, el fracaso de *El inventor de la luna*, que le hizo volver a ver la acidez de la injusticia, es decir, un magnífico texto que fracasa, y fracasa además después de haber formado compañía propia, y le conduce a vender bienes y a dificultades económicas que, sin embargo, no pudieron ni con su sonrisa, ni con el brillo de sus ojos, ni con el portentoso afán de seguir haciendo cosas.

Son ya más de cincuenta libros, en los que nada le es ajeno y en los que nada nos resulta ajeno a nosotros. «Escritor sin desperdicio» ha escrito su biógrafo y amigo, Mario Angel Marrodán. Y lo ha escrito con exactitud. Más de cincuenta libros en los que ha hundido el bisturí de su sagaz reflexión para analizar nuestro presente y nuestro pasado, para ensayar futuros posibles de libre convivencia entre los vascos. Cuentan que una noche, en la plaza de Salamanca, Pedro Mourlane Michelena se encontró con Unamuno.

- Don Miguel, qué supone para usted la religión, le preguntó.
- Una angustia, dijo Unamuno.
- ¿Y, entonces, por qué se pasa la vida hablando de ella?
- Para angustiar a los demás, replicó don Miguel.

Estamos aquí ante un hombre, ante un escritor, que se ha metido de lleno en el laberinto vasco, que lo ha hecho sin miedos, sin prejuicios, que combina un heterodoxo sentido patriótico con el espíritu crítico, como si no pudiera amar a su tierra y a sus gentes sin decirles en voz alta que los horizontes son inmensos y que diversos caminos, en vez de llevarnos a los adecuados destinos, nos alejan indefectiblemente de ellos. Estamos ante un hombre al que Vasconia le angustia en el sentido unamuniano, no por tanto, como fuen-

te de tristeza, sino como tema de lucha con uno mismo y con los árboles que no dejan ver el bosque. Y podríamos preguntarle, entonces, emulando a Mourlane:

- ¿Y, entonces, por qué se pasa la vida hablando de ella?

Respondería, imagino, que es preciso angustiar a los demás, que no se puede construir el futuro sin el debate sereno entre todos nosotros, sin cruzar y detenerse reflexivos en todas las fronteras y culturas que nos definen y que llevó al título de uno de sus libros más sorprendentes y sugerentes.

Esta aventura intelectual de hurgar en el entorno más próximo con una pluma tan afilada como apasionada no es fácil. Hay que abatir mucho mito e iluminar demasiadas cámaras oscuras. Y en ese periplo, Elías Amézaga se ha dejado el alma sin encontrar a menudo el bálsamo que hubiera podido esperar en muchos de nosotros.

En una ocasión, aunque no logro recordar si fue de viva voz o por escrito, le dije a Elías que yo era el único que aquí le quería. Era una fórmula para expresar el cariño, como a menudo decimos a las personas que amamos que somos los únicos que les dispensamos ese trato, como si pretendiera establecer con él un vínculo especial y no compartido por otros. No puedo olvidar, sin embargo, su rostro compungido, agarrándome con fuerza los hombros:

- ¿De verdad crees que eres el único que me quieres?

No, no soy el único. La presencia de todos nosotros aquí esta tarde es la demostración más evidente de que su bonhomía y su genialidad de artistas despiertan el afecto de muchos. Pero la vida callada del escritor, y sobre todo la del investigador paciente que se ha pasado media vida rebuscando en bibliotecas y archivos todos y cada uno de los rastros de la cultura vasca, no ha despertado el afecto debido. Lo digo con sinceridad. Y con pena.

Ha habido una generación de intelectuales vascos (son bastantes, algunos de ellos pueden ser buscados en las nóminas de la mítica Academia Errante) que pelearon contra las dificultades que imponía la dictadura y trataron de analizar, estudiar y dar a conocer las creaciones culturales más importantes de Vasconia. Yo he tratado a dos de ellos, y me agrada subrayar ahora que los dos se quieren y se admiran: Javier Bello Portu, fundamentalmente en el dominio de la música, y Elías Amézaga, en el de la literatura. Son de esos vascos multiláteros y protéticos que se han dejado buena parte de la vida para darnosla, en forma de acervo cultural, a todos nosotros. Sabían que las circunstancias del franquismo no les eran propicias y que tenían que renunciar a mucho, incluso al éxito personal en las materias que dominaban, para llevar a cabo esa labor de promoción y dirección intelectual. Y cuando terminó el franquismo, cuando el autogobierno iba tomando cuerpo, pensaron que había llegado su momento, que lo que ellos defendían en solitario iba a ser defendido por todos. De su lado, como es el caso de Elías, queda la desilusión, una

nueva melancolía que añadir a las que jalonan su obra. De nuestro lado, en el que están las instituciones y nosotros, que las soportamos tanto sin quejarnos, queda la injusticia: bajezas, envidias, abonos al espectáculo en vez de la labor bien hecha, cierto papanatismo. Hoy le hemos querido como se merecía, no hemos valorado justamente ese trabajo mítico de *Los vascos que escribieron en castellano* y los diez tomos de *Autores vascos*.

Sabe Elías que mil veces, en encuentros literarios o en mis litúrgicas visitas a su torre de Getxo, le he dicho, como consecuencia de una cierta displicencia con nuestro país, que abandonara el empeño, que se dejara de registrar las pequeñeces de tantos para dedicarse a sus grandezas, que volviera al teatro, que insistiera en la novela, que se olvidara del País. Un día, sentándose muy cerca de mí, hablándome en el apetitoso tono confesional que tienen muchos de sus libros, me dijo:

- ¿Dejarlo? Sería como abandonar a la mujer que uno ama.

Y sobreponiéndose a la emoción, introduciendo un toque de humor agudo en su parlamento mientras enarbolaba uno de los tomos de *Autores vascos*, añadió:

- Y si lo dejo ahora, además, nunca llegaré a Yanke.

Me siento feliz hoy aquí, en esta demostración palpable de que no soy el único que quiere a Elías Amézaga pero no puedo dejar de decir en voz alta que merecería también la pena seguir viviendo aquí si fuera él el único que nos quiere.

Esa figura con andares nervioso, ahora un poco encorvada de tanto ocuparse de nuestras cosas, es un raro ejemplar de heterodoxo nacionalista. Me gusta decirlo así: Elías Amézaga no es, o no es sólo, un nacionalista heterodoxo sino un heterodoxo nacionalista. Es decir, es antes inconformista, crítico, personalísimo, buscador de sus propios senderos. Y es, después, nacionalista. Yo le contemplo y me admiro de lo grande que es el mundo: es nacionalista, es inteligente, y es un gran tipo. ¡Qué pequeños quedan nuestros prejuicios! Pero no se emocionen otros nacionalistas: también es heterodoxo y, además, Elías Amézaga. Este heterodoxo nacionalista ha estudiado con una profundidad fuera de lo común a dos personajes emblemáticos: Sabino Arana, visto en su obra -si se me permite la interpretación- como padre, y don Miguel de Unamuno, visto en las páginas de Elías como maestro. Me ha dicho Elías muchas veces que soy un gran periodista. La verdad es que me dice siempre que José Manuel Alonso y yo somos los grandes periodistas de Bilbao. Hoy quizá sepa si a José Manuel le dice lo mismo. Pero, como Arana y como Unamuno, Amézaga es el periodista de ideas por excelencia. Responde bien al elogio del columnista de ideas que hacía José Enrique Rodó: «Ser escritor -decía Rodó- y no haber sido, ni aún accidentalmente, periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad o selección,

una patente de egoismo». Es ciertamente generosidad la que se encuentra en la interminable relación de artículos publicados en *Hierro*, en *La Hoja del Lunes*, en el *Diario Vasco*, en *Deia* (en donde coincidimos José Manuel y yo con él) y, ahora, en *El Periódico de Alava* y en *El Mundo* (coincidencia que nos vuelve a unir en la actualidad). Es, como Arana y Unamuno, periodista polémico, sin miedos, afilado pero profundo, generoso con el equivocado, riguroso con el inteligente, crítico consigo mismo.

Yo le veo cerca del padre Arana en los afectos y cerca del predicador Unamuno en los pensamientos. Y estoy seguro de allá donde estén ambos, necesariamente juntos, al menos, según el verso de Unamuno, por «la conversación que nos mantiene unidos», Unamuno y Arana conversan sobre este hijo intelectual de ambos que, como nadie, ha puesto en su obra lo que para don Miguel era el gran secreto: el pensamiento sentiente; o el sentimiento pensante.

Estos días me imagino a Sabino Arana preguntándole a Unamuno:

- ¿Está enfermo Elías?

- ¿Enfermo? ¿Por qué enfermo?, inquiera Unamuno.

- Porque es muy sospechoso que le estén brindando tantos homenajes: la bascongada, la Biblioteca, el Ayuntamiento...

- Dios le libre, confluiría Unamuno, si no está enfermo tendrá que terminar exiliándose.

Espero que se resista, como tantas otras veces. Y no es posible que esté enfermo. Cuando llevaban a enterrar a Ravel una vendedora de flores que veía pasar el cortejo, preguntó:

- ¿Quién ha muerto?

- Ravel, le dijeron.

- ¿Quién era Ravel?

- El del bolero.

- ¿El del bolero?, dijo admirada, no no, el del bolero no morirá nunca.

¿A quien rinden tanto homenaje?, podríamos preguntar estos días. Y cuando nos respondieran que a Elías Amézaga, podríamos replicar. ¿A Elías Amézaga? No es posible, Elías Amézaga no morirá nunca.

Sabemos, Elías, que no morirás nunca, que tendremos siempre tu obra, tu aliento, tu presencia de la manera que sea pero, aún viéndote tan vivo, sentimos la necesidad de decirte, ahora con la liturgia de este acto y luego con el abrazo menos ritual, que te admiramos y te queremos. Muchas gracias.

Intervención de José Manuel Alonso

“En muchas de sus obras lleva el drama: lo trae, lo aparta, lo tranquiliza y lo proclama. Elías es dramático en sus obras grandes y lo es incluso en su gesto, nunca simulado”

En un primer momento, cuando se me habló de mi participación en el homenaje al siempre admirado y amigo Elías, me preguntaba: ¿Y qué pinto yo aquí? ¿Qué puedo hablar yo que no se sepa o que otros pudieran decir mucho mejor que yo?...

¿Qué pinto yo aquí después de haber oído a Joseba Agirreazkuenaga o de haber leído lo firmado por Mario Ángel Marrodán, que siendo breve y preciso es lo más exacto, justo y espléndido que se ha escrito de Elías Amézaga y probablemente de un escritor de nuestro tiempo?

¿Qué pinto yo hablando a continuación de esas palabras llenas de soltura, gracia y conocimiento de Germán Yanke?

¿Qué pinto yo hablando de un personaje al que le estoy robando minutos de su tareas de escritor y creador, y del que, siendo de justa correspondencia al hablar de su obra, necesitaría muchas horas para ser un poco justo con todo lo que ha hecho?

Lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible. No puede ser y además es imposible que yo pueda hablar de la obra de Elías Amézaga en 15 minutos, sería casi un titular frente a una obra de 60 libros, algunos más que libros volúmenes, y varios de esos libros con más de quinientas páginas; un escritor que ha intervenido en otras tantas obras colectivas, autor de 19 obras de teatro (el teatro ha sido, en el fondo, su verdadera vocación lúdica, según creo, como ha sido el *happening* su sueño a medias realizado), además de traductor y adaptador de obras dramáticas de otros; que ha hecho guiones de radio y televisión, que ha escrito más de 100 preámbulos, ha pronunciado más de 200 conferencias, presentaciones, o redactado informes o reformas, que ha publicado 800 artículos en 20 publicaciones distintas, que ha aparecido en más de 1.000 referencias de libros, estudios, artículos, informaciones... Su relación, su simple cita de títulos, tiene más de 40 folios, por lo que sólo recoger sus cabeceras me ocuparía 120 minutos, simplemente para hacer una brevísima mención de la hospitalaria vida que ha llevado este hombre dedicado a escribir y escribir, recopilar y rehacer, crear y recrear. Pero no de él mismo, sino que más de la mitad de su obra está dedicada a escribir de lo que escribieron los demás. Esa es una de las facetas más grandes y espléndidas de Elías.

Ya se lo advertí yo cuando comentamos este momento:

– Pero, Elías, dime una cosa. Por poner un ejemplo, ¿Unamuno, cuántos años y cuántos libros escribió y cuántos se han escrito sobre Unamuno? (Elías tiene un libro completo sobre la ficha bio-bibliográfica de Miguel de Unamuno).

– No lo sé, me contesto. Muchos, muchos...

– En mi modesta biblioteca, que no es ni la sombra de la de Ángel Ortiz Alfau, tengo más de tres baldas de Unamuno... Y de ti ya supera una y media... ¡y lo que venga!

Se echó a reír y quedó pensativo. Probablemente en sus adentros se dijo: “Debería descansar un poco”...

Pero, no, Elías va a seguir trabajando para ganarse su libertad y su verdad, y la de todos. Su conocimiento y el de todos. También un reconocimiento justo: él ha expurgado temas olvidados y ha procurado reparar a grandes figuras históricas: Van Gogh, Jorge Sand, María Estuardo, Lope de Aguirre, Enrique IV, Meabe, Sabino Arana, Lehendakari Agirre, Lauaxeta, Leizaola, Justo Gárate, Calle Iturrino, Unamuno, Baroja..., políticos, pensadores, escritores, artistas...

Le dejo hablar:

“Me interesan los temas tabú, personajes controvertidos, situaciones por resolver de la historia, su otra cara, la oculta, la que da cauce a la intuición, a la adivinación como posible descubrimiento de la realidad. Mis ensayos políticos se sitúan en medio del campo de batalla de las banderías, procurando en todo momento salvaguardar mi independencia. No rehusé temática alguna, la estudio con gusto en cuanto se presenta como tentación. De ahí que me atreviera a culminar, tras más de 25 años de investigación, una bio-bibliografía de Autores Vascos, donde escribí sobre más de 12.000 autores, sus nombres y apellidos, una mínima biografía de muchos de ellos y las referencias bibliográficas de los mismos”. Él dice, con cierta ironía, que estas bibliografías las escribió “para cubrir descuidos culturales”.

Este es Elías Amézaga que, cuando la Comisión de Bizkaia de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País le nombraba justísimamente socio de mérito, él decía con voz llena de emoción: “Fueron lustros de trabajo, labor hecha con sensibilidad por amor a lo vasco. Sin colaboradores o con esa compañía que se aporta en cuanto se da cuenta de que una indagación de tal índole borra las ideas de creación, aburre al más pintado...” Y era aún más sincero: “No soy una sociedad anónima, un equipo de profesionales de la bibliografía, soy un señor solo. Lo que hice lo hice encauzando tendencias dispersas en una única voluntad de servir al prójimo. Sin ayudas oficiales. Sin prestaciones económicas ajenas a ninguna especie. Llamando a muchas puertas... molestando a muchas gentes... Fue y es un acto de fe”... Y Elías pide “perdón”

por todo ello... Era éste, evidentemente, el Elías del justo homenaje, porque hay otro Elías, no vayan ustedes a creer. Está el Elías del latido, el Elías del enfado, o el Elías del “quosque tandem”, o el de la generación del 98, la de 1998...

Le leo: “¡Pluma!... ¡Ah!, si fuese siempre pluma de ave, pluma de volar. Pero la pluma se vuelve a veces aguijón de acero. A veces, esa pluma la conviertes en pico, para picar, para pinchar, para desgarrar... Pero ahora y siempre yo lo que quiero es encontrar aquel que fui a través de mí y sobre todo de otros que fueron. Encontrar aquel que fui, aquel os fui. No quiero, no puedo, olvidar el pasado...”

Y hablábamos de la fe, otra de las características de su obra: “Cada obra o cada libro que emprende –escribía yo en el prólogo de *Amada prensa*– es un completo acto de fe. En cada ocasión, tiene sus razones al decir: “Siempre que se abre un camino, se camina a ciegas, y hace falta una fe así de grande para no cejar”. Y Elías no ceja, se anima sencillamente: “Ahí está el camino; ahora, a seguirlo y profundizarlo...”.

Uno de los aspectos que quizá más admire de Elías Amézaga y de cuanto escribe sean sus sugerencias. Y algunos de sus párrafos que son una completa imagen.

Yo tengo predilección por una de sus obras, *Enrique Quarto*, el rey de Castilla más vilipendiado e injuriado, con un infausto destino... El libro de Elías, que está entre el blanco y el negro de una vida apasionante en pleno siglo XV, la de este rey (llamado por unos el “Impotente” y por otros el “Liberal”), es todo un contraste de realidades y de estilos. Hay muchos párrafos en el libro que serían para recitar o para filmar. Hay uno de esos párrafos que de haberlo entendido algunos o muchos de esta loca realidad nuestra nos hubiera evitado muchos enfrentamientos e incluso muertes.

Lo leo: “Enrique IV se siente feliz en ese País Vasco, en esos montes, en aquellos picos agresivos de donde cuesta escapar, no sólo a los pies sino a la propia vista... En Guernica, el rey, a 10 de marzo, en Santa María de la Antigua, jura los fueros, recientemente editados en volumen de 232 artículos. Y cumple con las leyes del pueblo, que disponen que el rey de Castilla vaya a la villa de Guernica a pie descalzo del izquierdo, vestido en sencillo jubón y rústico sayo, llevando en la diestra un ligero venablo, y al aproximarse a la vieja encina que en el valle cercano a la población levanta sus robustas ramas, corre hacia ella en presencia de los vizcainos que le acompañan, y lanza el arma contra el tronco para después arrancarla con la mano. Hecho esto, jura observar las antiguas instituciones de los pueblos, no ir en nada contra las libertades...”.

Y hay otro libro (¡hay tantos!), un libro muy significativo para lo que ha escrito y luchado Elías Amézaga con sus personajes y con las verdades de sus

personajes. Se trata del que escribió a Sabino Arana. De él saco una advertencia de Elías, en la solapa de la portada, del Elías luchador por sus verdades:

“Cuando un tema se estudia largamente o a un personaje se le da vueltas a la búsqueda de un nuevo perfil, su artífice se identifica con el tema y personaje, de suerte que al transcribir al papel lo pensado se produce casi automáticamente. /// El autor del presente relato, releída su pieza, se da cuenta de que los lectores o algunos censores que la vieron y les dio vergüenza emitir su veredicto, debieron de interpretar de un modo sospechoso aquello que se hizo limpiamente. /// Admite el autor que a lo que se forjó se le dé un significado que él conscientemente no lo buscó. /// Y ahí queda la advertencia”.

Luego, en la solapa de la contraportada del libro, está ese Elías Amézaga que se siente parte de una tierra, que se declara patriótico, y lo confiesa a las claras, recogiendo del personaje: “Nadie que no sea patriota todos los días de su vida hasta el fin podrá llamarse patriota... ¿Qué dar por ella? ¡Todo! ¿Qué pedirle? Nada en absoluto. Ir con el esfuerzo de cada cual creándola día a día. Nunca se la hace del todo. Falta un pliegue, una arista, un algo, muchas veces no se sabe qué, pero que uno quisiera adivinar para dárselo. Dejar de crearla cada día es perderla un poco... ¿Que se la ve pisoteada? Procurar aliviar su peso. Cargarla sobre vuestros hombros. Defendiéndola se defienden los valores todos de la sociedad”.

Por eso, probablemente, Elías descubrió (cuando estaba pirriado por el teatro), a un autor como Ghelderode, un loco-cuerdo divino encantador que al hablar de la tierra que es vida, fruto, naturaleza, decía: “Tierra que no sólo pisas, que escarbas y que siembras todos los días, y también tierra para celebrar... ¿y no sería un modo delicado de hacerlo el brincar sobre su superficie?”...

Aquí, aquí está la razón de ser, de escribir, de trabajar, de estar encerrado de Elías Amézaga. Ésta es la explicación de tanta búsqueda, de tanto esfuerzo, de tantos estilos y formas a la hora de hacer y de escribir. En esas palabras está Elías Amézaga, donde la tierra, la patria, es no lo que imaginan algunos sino otras muchas cosas, es la cultura, la amistad, la creación, la libertad, el arte..., la vida de los que fueron o de los que son, la siembra y el brinco gozoso... Por eso Elías, seguramente, esta mañana o incluso esta tarde, habrá brincado, habrá hecho la última línea de sus últimos escritos, y hará otro tanto mañana, y publicará y/o editará hasta arruinarse si es preciso. Ese es Elías Amézaga, y sólo a través de eso se puede entender toda su enorme obra.

Por eso también a veces cae en lo dramático. En muchas de sus obras lleva el drama: lo trae, lo aparca, lo tranquiliza y lo proclama. Elías es dramático en sus obras grandes y lo es incluso en su gesto, nunca simulado. Si le comentas algo que le extraña, que le sorprende y que le disgusta, él calla, medita, se encierra en sí mismo... y ya tiene tema para ponerle un drama...

He querido recogerlo en esas ideas de sus múltiples libros, a través de unos textos y/o declaraciones, para entender de qué estamos hablando al hablar de la obra de Elías Amézaga. Son sólo ideas de su realidad. Hay otras, evidentemente, como las hay en sus años de teatro, con títulos sugestivos, suaves, incluso infantiles. Esa evidente muestra variada, siempre múltiple, porque Elías es y ha sido siempre en sus obras dos o tres en uno, muchos miles en uno.

Así es también en la realidad. Siempre sugiere... Deja caer una idea, una frase, un nombre, una idea, una imagen... Eso es lo que más admira también de los demás escritores, lo ha dicho más de una vez: “El valor que más admiro en las obras de un hombre/mujer es el de la sugerencia. No lo que se escribe o se explica, sino lo que se quiere dar a entender sin llegar siquiera a decir”. Hay múltiples ejemplos de esto que digo, sobre todo en sus primeras obras, donde estaba el propio Elías sugerente. Ahora, en los últimos años, esas sugerencias no están en la recopilación de las obras de los demás, están más bien en sus artículos o en sus expresiones...

Eso y el ir más allá del frío documento o biografía del personaje. Esto es, llegar allá donde no llega el documento, el dato frío, incorporando sangre y corazón al propio personaje, “colocándole –dice el propio Elías– el alma”.

Cuando habla de su obra confiesa: “Me costaría definir con exactitud cómo es mi obra. Menos me cuesta decir cómo la quiero: global y múltiple, que me inspire en más de un género, cultural o literario. Coger un tema o un personaje y estudiarlo en su realidad o en su fantasía. Ensayar un *happening* en parte libre y en parte dirigido. Dos ejemplos, *Yo, demonio* abarca una teatrología, un estudio sobre el personaje protagónico y el juicio de la conquista americana, así como una crónica inédita de los marañones que siguieron la gesta de Lope de Aguirre. Otro ejemplo, *Jorge Sand*, tres novelas río, un diccionario de sus ideas extraído de sus escritos y de su correspondencia y una pieza dramática inspirada en su vida”.

Pero yo decía al principio que qué pintó aquí.

Y voy a ser sincero. Lo más justo y preciso de cuanto yo pueda todavía decir definitivamente se lo voy a robar a Mario Ángel Marrodán (otro de los grandes prolíficos de esta nuestra contemporaneidad y de este lugar, de Bizkaia, y de los que más han escrito de Amézaga junto a Francisco Ynduráin o Justo Gárate. Ynduráin definió a Elías como “el arquetipo del individualismo vasco”, ahora, con permiso de Mario Ángel, voy a citar y subrayar cuatro aspectos, cuatro ideas precisas, que Mario Ángel ha recogido de Elías, y que lo dicen todo:

La primera se resume en tres palabras escuetas: “Coloso, titán, portentoso”. Y un dato objetivo de reconocimiento: “Veinticinco años de su vida entregados a través de los diez volúmenes de *Autores vascos* entregados con altruismo a sus colegas, en una obra magna, única y monumental, de la que ha sido

escritor, editor y distribuidor a un tiempo, habiendo empequeñecido (el mismo) a otras recopilaciones suyas de la literatura del país de los vascos, como son *Los vascos que escribieron en castellano*, *Las letras vascas en castellano*, *Literatura vasca en castellano* o *Letras vascongadas de expresión española*.

Otra idea dicha por Marrodán: “Elías nos halaga a todos con sus libros. Necesita lectores”. Sí, naturalmente. Recuerdo el primer día que nos conocimos, recuerdo que Elías, después de charlar de su Athletic, una de sus pocas debilidades, me dijo:

“Llévate los libros que quieras. Los escritores escribimos fundamentalmente para los amigos que son o para los que intuimos que pueden ser. Y para que aquéllos y éstos hablen del contenido de los libros a otros amigos. Porque siempre habrá algo que interese a todos y a cada uno. De esa forma podremos conseguir que amigos del mundo, lectores del mundo, escritores del mundo, nos sintamos unidos por la cultura”.

Vuelvo a Marrodán. Otra idea de Mario Ángel, unida a la anterior: “Elías lucha por el bien y la vigencia de la cultura de este país”. Efectivamente –añado yo–, el 90% de su obra tiene ese objetivo y esa misión, como ya he señalado.

Y otras dos ideas, las definitivas, en este afán de robar a Marrodán, porque definen la mecánica y el escenario de la obra de Elías, la del hombre y la del escritor: “Elías es el solitario solidario”. Y la otra: “Elías es el escritor de la torre”.

“Me aboqué al trabajo –dice el propio Elías– y desde el principio supedité a ese objetivo el discurrir de mi existencia. Viví en razón a mi obra y ella en suma guió mis pasos. Un trabajo aislado en una biblioteca-torre, sobre la montaña y al margen del mundo, con unas únicas salidas: a instituciones científicas al objeto de procurar material para la creación o la recreación del momento”.

Escritor de la torre...

Claro, claro, ya me voy enterando de lo que pinto yo aquí, hablando o leyendo para que me escuchen los amigos. Elías Amézaga tiene mucho de Álava (donde estoy yo ahora), de ahí la torre, que no es la suya casa torre de defensa y ataque sino de confluencia y tolerancia, que no es casa-torre como las de sus antepasados sino que es torre-casa, biblioteca-torre más bien; que no es lugar de armas y bandos, sino de almas y expresiones libres... Elías, como Amézaga, tiene mucho de alavés, aunque el alardee, con razón, de bilbaino (del puro centro, de la calle Concha), de getxotarra (donde lleva componiendo casi todo lo que lleva escribiendo de él para los demás), de parisino, de holandés o de americano del centro y sur, naturalmente... Pero este Elías está hecho también de piedra de Salamanca y de El Escorial, es buen can-

tero de monumentos e historia, como lo fueron muchos de sus antepasados en Castilla, y es archivero de Simancas o de Sevilla o de allá donde pueda haber un documento de sus personajes o de los anteriores a él siempre de esta tierra vasca o de quien la entendiera y amara.

Elías Amézaga tiene mucho de su nombre y su apellido. El Amézaga está vinculado al territorio de donde vengo y donde yo estoy entregado, Amézaga es parte de Álava, en dos municipios: Amézaga de Asparrena, en la Cuadrilla de Salvatierra, y Amézaga de Zuya. Los dos municipios en alto, los dos con vieja historia y caballeros nobles. Y ha habido grandes Amézaga que se quedaron con nosotros y otros que triunfaron por el mundo. De los que se quedaron con nosotros, este Amézaga, este Elías, es vasco como ningún otro porque en el están todos los anteriores, y ningún otro fue tan prolífico, con tanta obra, con géneros, estilos y formas tan variadas, y casi con toda seguridad no habrá otro nunca que llegue a abarcar a tantos otros que no son Amézaga.

Y Elías. Elías Amézaga tiene mucho del profeta, aunque no de hebreo. O quizá sí. Ningún otro como este Amézaga, salvo Elías, logró convertirse en la personificación fulmínea y tonante pero también a veces misericordiosa y caritativa de la potencia de los vascos que escribieron. Lo hizo de todos, sin olvidarse de ninguno. Elías, como su homónimo hebreo, está poseído de una divinidad primitiva. Y para convertirse en la voz de sus soberanas (la cultura y la literatura) procura por todos los medios hacer desaparecer su propia figura humana y entregarse al trabajo que le ocupa a base de ayunos y penitencias, encerrado en bibliotecas, archivos, despachos, alimentado de lo que él escribe o de lo que escribieron o crearon otros. Y sólo se nos manifiesta al resto de los humanos cuando así se lo impone la urgencia de algún oráculo de los artistas o de los escritores, algún reclamo de los amigos o de los medios de información, o de proclama de conferencias o congresos, o de algún gesto de advertencia sobre lo que está haciendo, viviendo el resto del tiempo conectado en lo suyo, en su torre. Algunas veces se ve impulsado a orar o a reclamar lo que nadie le da. O a recordar la existencia de personajes que fueron o de personajes que son y seguirán siendo, como Jorge Oteiza, de quien probablemente más haya podido hablar y acaso escribir... Pero no por ello Elías teme presentarse ante la dificultad o lo inaccesible, emprendiendo obras que serían para muchos y que el las hace solo, dirigiéndose siempre con ávida complacencia contra la muerte o el poder o los del poder o los de la muerte.

Siempre, a la manera del rayo, prefiere las cumbre. Elías sabe muy bien que quien hace apasionarse a los grandes, hace apasionarse a los pueblos.

Elías no es ni mucho menos un escritor frío o reposado, aunque sí ordenado en su funcionamiento y exposición. El celo de haber sido un elegido en este país le devora realmente; la causa de este pueblo es su causa, y toda terca resistencia a la verdad le hace sufrir indeciblemente. Todo el mal del Poder (desde el Rey o el Presidente; desde el Tribuno o el Político) le pesa dramáti-

camente sobre sus espaldas; atormentándole hasta la realización del libro que le descarga, que le libera. Tiene explosiones patéticas y conmovedoras, a veces proféticas y patrióticas, es cándido en ocasiones y bronco en alguna otra, sobre todo cuando le tocan por ignorancia a los suyos, que es lo suyo... pero luego vuelve al fulgor de Dios o de los antepasados que fueron y le esperaron, como siempre espléndido en su expresión y en su juicio. Un tipo tan grande como Elías, tan metido en sí mismo con la cercanía de los que fueron los demás, merece viajar en un carro de fuego, como profeta de las letras, pero también como recopilador, atleta, recadista, proclamador... y, ¡cómo no!, como creador.

Termino y lo hago con Enrique IV, el doble personaje que me sigue gustando, porque en una parte de él veo también la carrera literaria de Elías, sobre un caballo, en el bosque repleto de árboles de esta tierra:

“Cabalgaba. Atrás quedaban las últimas casas... Descendía por campos grises, con la vista lejos, más allá del horizonte. Le parecía que respiraba mejor, se sintió como su alazán. Lo espoleó con furia. Trotaba. Su capote se llenó de viento, de fantasmas. ¿A qué tanta prisa? Ya nadie le perseguía. Se alejaba de los agoreros. Oyó algún ruido. Miró hacia atrás. Iba completamente solo en una tarde fría, flotando sobre un planeta vacío. Pronto llegaría a..., ya no se acordaba muy bien a dónde se dirigía. Aquí y allá alguna gran piedra alzándose como iluminada. Casi perdidos los sentidos se hundió en los bosques en busca de los vivientes más entrañables de cuantos le rodeaban en aquellas horas...”.

Enrique IV no sabía su destino. Elías lo sabe y los demás lo compartimos. ¡Sigue escribiendo, Elías, no nos falles! Unidos, somos tus lectores, y los lectores unidos no nos perdemos en ningún bosque.

Gracias, Elías. Gracias, amigos.

José Manuel Alonso

Director de El Periódico de Álava